

*Hernán Jaramillo Cisneros**¹

EL TRABAJO CON FIBRA DE
CABUYA EN LA PROVINCIA
DE IMBABURA

La fibra de cabuya se obtiene de la planta de las Amarilidáceas llamada técnicamente *Fourcroya andina Trel.*, su nombre vulgar es *cabuya blanca*. La *cabuya negra* (*Agave americana L.*), tiene otras aplicaciones y no precisamente la de proporcionar fibras textiles.

El padre Velasco (1977: 112) se ocupa de la cabuya, planta a la cual también denomina *magüey* o *chahuar*, de la cual -dice- se saca "un cáñamo fortísimo, de la que generalmente se hacen las cuerdas, y los sacos..."

* Director del Departamento de artesanías del Instituto Otavaleño de Antropología.

Las hojas de cabuya son de color verde, carnosas, dentado-espinosas; en su madurez miden hasta 1.50 m., de largo y 25 cm. de ancho. A partir de los 3 ó 4 años las plantas pueden dar hasta dos cosechas anuales, dependiendo de la variedad. La planta muere después de una floración tardía, pero si se corta el vástago floral se puede conservar su vida por más de 20 años.

Las plantas de cabuya se dan mejor en suelo arenoso o cascajoso. Se propaga por hijuelos, que se producen espontáneamente en la base de las plantas viejas o por bulbos que nacen de las axilas de las hojas centrales. Los bulbos, frecuentemente, caen al suelo y enraizan.

La fibra de cabuya se utilizó desde tiempos prehispánicos para la elaboración de sacos y cuerdas. La importancia que los colonizadores españoles dieron a esta materia prima se pone de manifiesto en las tasas impuestas a los indios del Repartimiento de Otavalo, en los primeros años de la Colonia. Así, en 1551 había que entregar al Encomendero la cantidad de "doce arrobas de

cabuya para hilar (pita) y otras doce para sogas y cordeles". En 1562 la tasa aumentó a "cuarenticuatro arrobas de cabuya, la mitad hilada y la otra sin hilar" (Espinoza Soriano, 1988, II: 55; Ramón, 1987: 124).

Para Waldemar Espinoza Soriano (1988, I: 135) "la penca o cabuya tuvo una gran aplicación en la Sierra de los Andes Septentrionales. Cinchas, sogas, látigos, costales, hebras de *pita* y/o cabuya figuran en forma constante en las tasas tributarias de los siglos XVI y XVII; la cabuya para tejer la entregaban por arrobas a sus encomenderos, o a los oficiales de la Real hacienda colonial". Otra aplicación que señala este mismo autor, es la confección de "la planta de sus *ojotas* o calzado."

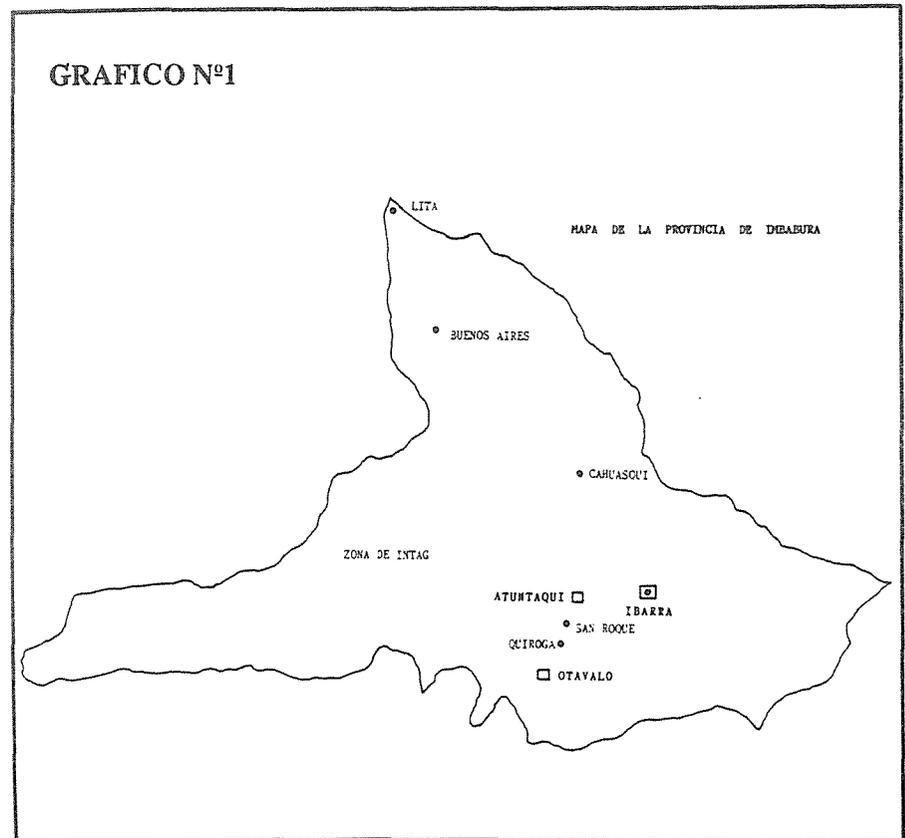
El obraje, institución que en la época de la Colonia explotó la mano de obra indígena, producía toda clase de tejidos de lana, algodón y cabuya; con ésta última se hacía alpargatas, sogas y costales (Pérez, 1947: 172).

Las hojas de la cabuya, una vez despojadas de sus bordes espinoso, son desfibradas a la mano o

con una máquina provista de un motor. La fibra, una vez separada de la pulpa que la recubre, es lavada con una gran cantidad de agua y a veces golpeada, con el fin de eliminar completamente un zumo urticante que posee. Una vez obtenida la fibra, que es lisa, recta, de color blanco-amarillenta, se la pone a secar al sol para que

blanquee completamente, antes de usarla o ponerla a la venta.

La principal aplicación de la fibra de cabuya es la producción de una tela rala y basta, que una vez confeccionada en sacos se la utiliza para el embalaje de ciertos productos agrícolas de la costa ecuatoriana destinados a la exportación, como el café y cacao.

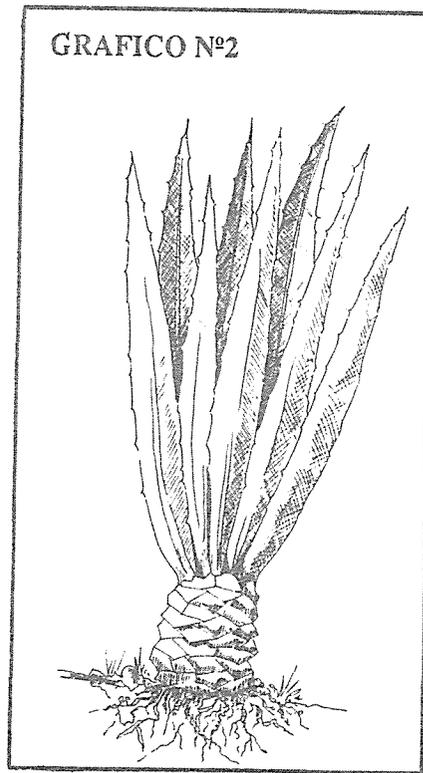


En Imbabura hay diversos sitios donde se manufactura tela de cabuya. El lugar donde se concentra el mayor número de hiladores y tejedores es la parroquia de San Roque, en el cantón Antonio Ante. Otros lugares importantes donde se produce este tipo de tejido son las parroquias Cahuasquí, del cantón Urcuquí, y Quiroga, del cantón Cotacachi. En torno a estos lugares hay otras poblaciones, con menor número de personas dedicadas a estas tareas. En Antonio Ante: El Salado (Corazón de Jesús), La Merced de Yanayacu (Piqui Barrio), Andrade Marín, Natabuela, La Cantarilla, etc. En Cotacachi: La Victoria, Domingo Sabio, Guitarra Ucu, El Punge, Cuicocha, Arrayanes, Morochos, etc. En Otavalo: Azama, Gualzaquí, etc.

La materia prima proviene de los siguientes sitios: de Intag, que tiene cultivos en toda la zona, la fibra de este sector la comercializa en Otavalo; la producción de Lita se la vende en Ibarra; la que produce Morochos, abastece al sector de Quiroga; la fibra que se consume en Cahuasquí, proviene de La Merced de Buenos Aires.

Hay también otros sectores que producen esta fibra, pero en cantidades pequeñas para el consumo de su comunidad.

Solamente en la zona de Intag, en el sector de Lita y en La Merced de Buenos Aires hay apreciables extensiones de tierra dedicadas al cultivo de la cabuya: en el resto de la provincia se aprovecha las divisiones o límites de los pequeños lotes de terreno para sembrar esta planta.



La importancia que tiene la planta de cabuya -blanca y negra- en los sectores indígenas es muy grande, pues a más de proporcionar la fibra, del tronco se extrae una bebida refrescante-alcohólica, denominada en quichua *chaguar-mishqui*, o se puede usar el zumo de las hojas machacadas como detergente para la ropa o para lavar el cuero cabelludo. Asimismo, las hojas secas sirven como combustible reemplazando a la leña y la base del tronco vaciado puede aprovecharse para hacer estructuras para tambores. El vástago floral, conocido como *chaguarquero*, una vez seco, sirve como material de construcción en las casas campesinas o para la fabricación de ciertas bocinas indígenas. Las hojas frescas, desprovistas de las espinas, sirven como alimento para el ganado vacuno.

Obtención de la fibra

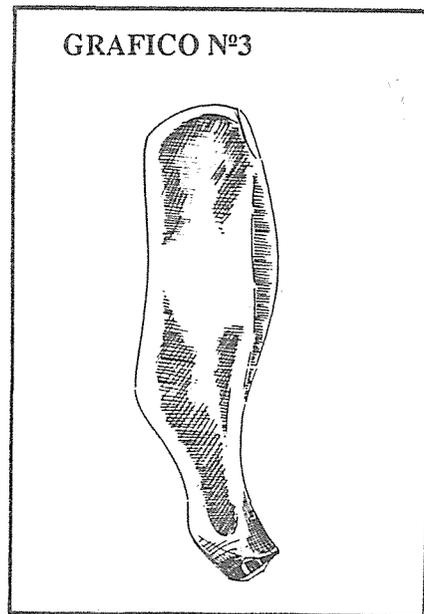
El proceso comienza con el corte de las hojas, para lo cual se utiliza un machete bien afilado. Cuando se cuenta con una buena cantidad de hojas cortadas se procede a la operación llamada *desfibrado*, que consiste en separar las fibras de la materia pulposa

que las recubre. Esta parte del proceso se realiza a mano o, más frecuentemente, con una desfibradora a motor.

Hay personas que se dedican únicamente a desfibrar y, para ello, recorren toda la provincia para comprar las hojas de cabuya de pequeños cultivos o de las cercas que limitan los terrenos de diferentes propietarios. El precio de las hojas se conviene, después de un habitual regateo, entre el desfibrador y el dueño de las plantas. El desfibrador hace cálculos para establecer que el valor pagado por las hojas le rinda lo suficiente para cubrir los siguientes rubros: pagar a los trabajadores contratados para ayudarlo en este proceso, amortizar la inversión realizada o cubrir el alquiler del equipo cuando no es de su propiedad, dejar cierta utilidad por su trabajo.

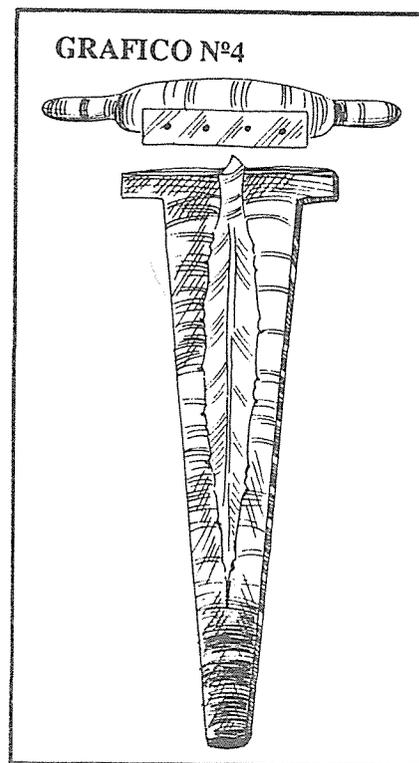
Cuando la cantidad de hojas a desfibrar es muy pequeña, por lo que no se justifica en empleo de la desfibradora a motor, esta operación se la realiza utilizando un hueso de la "paleta" de ganado bobino, el cual ha sido previamente preparado, dándole la forma

de un gran cuchillo, con filo en uno de sus lados. Para desfibrar se hace dos cortes en la hoja, en sentido longitudinal. Se trabaja sentado y se sujeta el hueso con los pies; con las manos se presiona cada tira de la hoja contra la parte filuda del hueso, deslizándola, para lograr separar la pulpa de la fibra. Cada vez que por el uso se gasta el filo de esta herramienta, se lo vuelve a afilar con la ayuda de un cuchillo y de un cascojo.



Otra forma de desfibrar, siempre en pequeñas cantidades, es con la ayuda de una herramienta llamada *raspador*, la cual es hecha de una pieza de madera,

provista de dos mangos, a la que se sujeta firmemente una cuchilla de acero, confeccionada generalmente de un machete en desuso. En una tabla, en forma de T, ligeramente convexa, se coloca una hoja de cabuya que se sostiene en la cintura del trabajador. Por la acción del raspador se retira la pulpa de la mitad superior de la hoja, cuyas fibras una vez libres se las envuelve en el mango de la tabla, para proceder a desfibrar la otra mitad de la hoja.



Estas dos maneras de desfibrar exigen gran esfuerzo físico de los trabajadores, razón por la cual no siempre se encuentra personas dispuestas a realizarlo. Cuando alguien es contratado, gana un salario alto y hay que proveerle de alimentación y refrigerios para la mañana y la tarde. Hay que añadir que la producción con estas formas de trabajo es muy baja; se considera que es un excelente jornalero quien rinde unas 50 libras de fibra por día, entendiéndose que se labora desde muy temprano en la mañana hasta muy avanzada la tarde.

La desfibradora a motor, para grandes cantidades de hojas, es un aparato fabricado en determinados talleres mecánicos de Otavalo y Atuntaqui. Básicamente tiene las siguientes partes: un eje, montado sobre chumaceras, en el cual va un tambor provisto de una serie de "cuchillas" soldadas o sujetas firmemente con pernos, éstas van paralelas al eje. El número de cuchillas debe ser bien calculado y convenientemente distribuidas alrededor del tambor, a fin de que éste se encuentre debidamente balanceado, con lo que se evita la vibración del

aparato y el desgaste desigual de las cuchillas. Este conjunto va sobre un fuerte armazón o mesa de hierro y está recubierto por una tapa, cuya función es evitar que salpique el zumo de la cabuya a los obreros. Las hojas son introducidas por una abertura ubicada al frente del aparato; allí se encuentra una pieza denominada "prenero", la cual se regula a una distancia determinada de las cuchillas. El desgaste, por el uso prolongado, del prenero o de las cuchillas, exige la rectificación de la distancia entre esas piezas, puesto que si es demasiado estrecha se estropean las fibras, mientras que si están demasiado separadas el desfibrado no se hace de manera eficiente, pues quedan porciones de pulpa adheridas a la fibra. Junto al prenero se coloca una pieza de madera llamada "guardamano", que tiene como propósito evitar los accidentes por la introducción de las manos a las cuchillas, que giran a alta velocidad. En esta desfibradora trabajan cinco personas:

- 2 "sacadores", que introducen las hojas al aparato, sujetándolas por su parte más gruesa, sitio del

...cual han sido retiradas las
...espinas; se turnan entre los
...dos para poner una o dos
...hojas simultáneamente en la
...máquina, lo cual depende
...del ancho de la misma.

1 "tronqueador", general-
mente un muchacho, que
corta la parte de la hoja que
no fue desfibrada, pues de
allí la sujetan los sacadores.
Este trabajo se hace con un
machete que se encuentra
sujeto fijamente sobre un
palo, lo que facilita para que
el muchacho pueda realizar
su trabajo con las dos
manos.

- 1 persona para hacer el
"cadejo", lo cual significa
tomar las fibras, desenre-
darlas y acondicionarlas en
forma paralela unas a otras.

1 ayudante, encargado de
varias tareas, como atender
el funcionamiento del mo-
tor, retirar la estopa que se
acumula debajo del aparato
o ayudar en las tareas de los
demás trabajadores cuando
lo requieran.

La producción con este
sistema de trabajo es de unas 500
libras por día y se lo ejecuta en el
mismo sitio donde se corta las
hojas, porque se utiliza un motor a
gasolina y el aparato para desfibrar
es fácilmente transportable.

En el caso de que se obtenga
las hojas de un terreno laderoso o
alejado del sitio donde se haya
instalado la desfibadora, por lo
cual no se las someta al trata-
miento de manera más o menos
inmediata, se produce un deterioro
en la calidad de la fibra, pues ésta
se adhiere a la parte pulposa de la
hoja, la cual no es posible retirarla
ni en el desfibrado ni en los
procesos posteriores. Este,
posiblemente, sea el mayor
inconveniente que encuentran los
comerciantes de cabuya prove-
niente de la zona de Intag, pues en
ese sector se acostumbra a reunir
grandes cantidades de hojas, que se
las corta y dejan por algunos días a
la intemperie, antes de desfibrarlas.
Los artesanos, especialmente los
de San Roque, que se abastecen de
fibra a través de los comerciantes
de Otavalo, mencionan el incon-
veniente señalado, por lo cual
prefieren la fibra que se vende en

el mercado de Ibarra, proveniente
de la región de Lita.

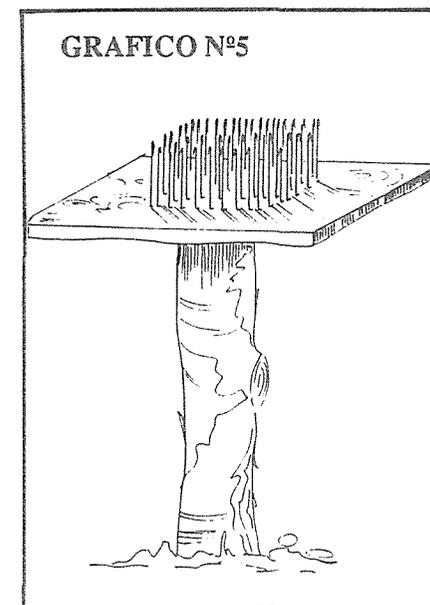
Una vez que se ha termi-
nado de desfibrar o cuando se
cuenta con una buena cantidad de
fibra, se la lleva a lavar en un río,
con el propósito de eliminar
totalmente la sabia urticante que
posee la cabuya. Luego, se coloca
la fibra en el sol para secarla
completamente y para que blan-
quee. Así está lista para hacer
fardos de 100 libras y ponerla a la
venta.

Los artesanos, por su
experiencia, saben que la fibra de
cabuya de Intag es de mayor
longitud y resistencia, en tanto que
la de Lita, con una fibra más corta,
tiene la ventaja de ser más suave
para trabajarla y su aspecto es
mejor ya que tiene un color más
blanco. Por estas razones prefieren
trabajar con una mezcla de estas
materias primas, en porcentajes
determinados previamente, de
acuerdo a los artículos que vayan a
elaborar.

El hilado

Para hilar, la primera opera-
ción es la del *encerado*, que con-

siste en tomar una porción de cera
o parafina y frotarla a una cantidad
de fibra para facilitar su desliza-
miento a través de una serie de
clavos colocados en una tabla, en
la parte superior de un poste. Este
sencillo instrumento tiene el
nombre de *escarmenador*.



Escarmenar es la acción de
tomar haces de fibras, ya encerada,
para "peinarlas" o paralelizarlas en
el escarmenador. El resultado es
la separación de las fibras más
largas, que permanecen en las
manos del operario, con las de
menor longitud, que caen al suelo.
A estas últimas se las denomina
"chamba".

Esta es otra operación, dentro del proceso, que demanda enorme esfuerzo físico, aparte que levanta gran cantidad de pelusa que provoca enfermedades pulmonares; también afecta a la piel, cuando la fibra no ha sido adecuadamente lavada. Este trabajo es hecho por una persona que gana un salario alto, más el compromiso de suministrarle la comida y algún refrigerio durante la mañana y la tarde.

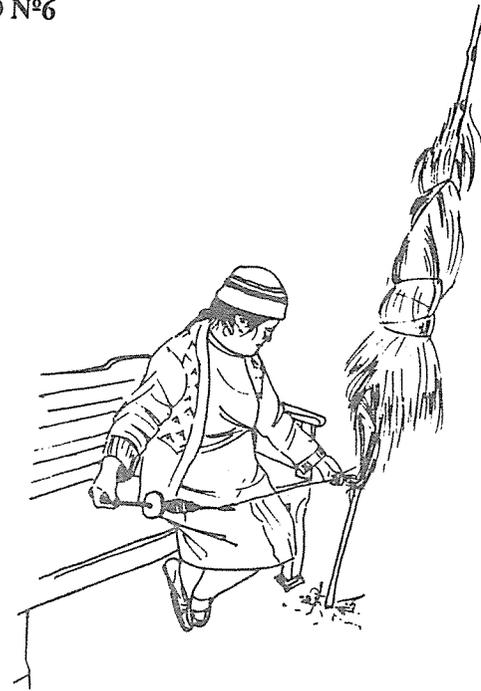
Cuando la fibra con que se trabaja es de buena calidad, produce un 70% de hilo para urdimbre y un 30% para trama. Cuando la fibra es mala cambia esos porcentajes, pues se obtiene un 60% para urdimbre y 40% para trama, lo que en términos económicos perjudica al productor de hilos.

En los talleres se produce dos clases de hilos: para la urdimbre, llamado simplemente *hilo*, y para la *trama*, cuyas características son diferentes: para la urdimbre se trabaja con las fibras más largas y resistentes, porque así

se puede hacer hilos más finos y con un alto grado de torsión; para la trama, en cambio, se utiliza la chamba, esto es las fibras más cortas y gruesas, con las que se hace un hilo basto, grueso, de baja torsión, que sirve para dar mayor volumen al tejido.

Para hilar se procede de la siguiente manera: en la parte superior de un palo, denominado *guango*, se coloca una cantidad de fibra de cabuya, la cual se sujeta debidamente. De aquí se va tomando la cantidad necesaria de fibras para formar el hilo, mediante la torsión impartida con un huso hecho con una caña de *sigse* (*Cortaderia* sp.). Este es un trabajo de mujeres, especialmente de las más pobres, que solo pueden adquirir un poco de fibra para hilarla y llevarla a vender. El rendimiento de este sistema de hilar es sumamente bajo, por tanto, los ingresos económicos de quien trabaja de esta manera son muy reducidos. Esta tecnología es la más tradicional, pues se mantiene desde la época prehispánica.

GRAFICO N°6



Una innovación en esta parte del proceso se relaciona con la utilización de un pequeño aparato, movido a pedal y construido totalmente de madera. Esta forma de trabajar permite que el hilador haga girar el huso con el movimiento de sus piernas, mientras cuenta con sus manos libres para retirar del *guango* la cantidad de fibras necesarias para la clase de hilo que elabora. De esta manera se aumenta la producción y, proporcionalmente, los ingresos económicos.

El mayor avance que se ha logrado en el sistema de hilar la cabuya consiste en la incorporación de motores eléctricos con capacidad de 0.75 a 1 HP. que mueven de 4 a 6 husos. Esta transformación del sistema de trabajo la han realizado tan solo unos pocos talleres, de las personas que cuentan con mayores recursos económicos. De esta manera se ha aumentado la eficiencia de parte de los hiladores, aunque también ha crecido los gatos para la producción de hilos, especialmente por el

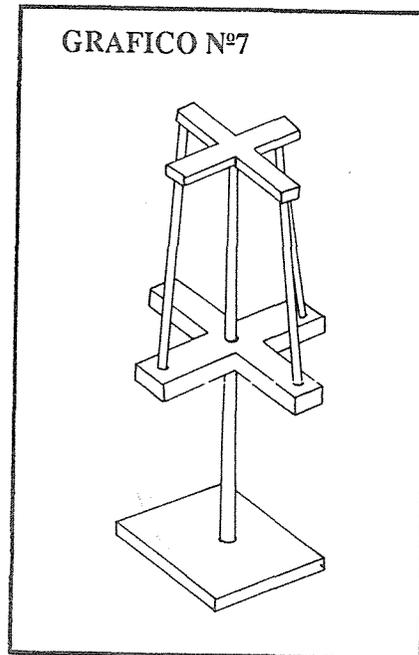
aumento constante del costo de la energía eléctrica. Este argumento tiene mayor validez en las temporadas de menor demanda de tela en el mercado, cuando se trabaja con un menor número de operarios. Así se desperdicia la energía que proporciona el motor, que gira para mover un número menor de los husos instalados. De la misma forma, las variaciones de voltaje del sistema eléctrico provoca daños en los motores y su reparación tiene un costo muy alto, por lo que se elevan, considerablemente, los gastos de operación del taller de hiladura.

Hay personas que se han especializado únicamente en el hilado de cabuya. Estos proveen a los talleres que se dedican solamente a tejer o a quienes producen su propio hilo en cantidades que no son suficientes para satisfacer sus necesidades.

La tejeduría

Una vez listo el hilo, el cual sale enrollado en un carrete de la "máquina de hilar", tienen lugar los procesos previos a la tejeduría. Del carrete, el hilo pasa a una madejadora, ya que el hilo se vende en

madejas y de esta forma se alimenta al urdidor. Para urdir, la madeja se coloca en un aparato denominado "china", que es un armazón de piezas de madera que giran sobre un eje, lo que permite que el hilo se vaya enrollando en las aspas de urdidor.



El urdido se hace con dos chinas, por tanto con dos hilos. Aquí, el artesano va girando las aspas para que los hilos se envuelvan en forma de espiral en el urdidor. El trabajo comienza en una serie de clavijas colocadas en la parte superior y termina en otra colocada en la parte inferior del

armazón, desde donde vuelven, siguiendo la misma forma de espiral, a su punto de inicio. Esta operación se repite cuantas veces sean necesarias para completar un número determinado de hilos que forman la urdimbre.

El siguiente paso es el "rastrillado", operación que consiste en retirar los hilos del urdidor y pasarlos por el *rastrillo*, que es una tira de madera con una serie de clavos que permite que los hilos que van envolverse en el plegador de urdimbre pasen ordenadamente, lo cual facilita -posteriormente- que mientras se está tejiendo, se desenvuelven con facilidad, sin cruzamientos y sin enredarse.

El tejido se hace con ligamentos de tafetán, esto es, que los hilos impares de la urdimbre pasan por debajo de la trama y los pares por encima, invirtiéndose el orden en la siguiente pasada de la trama, lo cual significa que los hilos impares quedan encima y los pares por debajo, y así sucesivamente.

Para tejer la tela de cabuya se utiliza el telar de pedales, introducido en América a raíz de la colonización española. Este telar

mantiene tensados los hilos de la urdimbre por medio de dos enjuellos, uno posterior donde está devanada la urdimbre y otro delantero en el que se enrolla la tela. Cada hilo pasa por el ojal central de mallas hechas de alambre, cuyo conjunto forman los lizos, que están unidos a los pedales colocados en la parte inferior del telar. El batán, suspendido como un péndulo, contiene un peine, que mantiene ordenados los hilos de la urdimbre y aprieta el hilo de trama a la tela ya hecha. El hilo de la trama devanado en una canilla que va dentro de la lanzadera, se desenrolla por sí mismo cuando el tejedor, al pisar los pedales, separa los hilos pares de los impares, formando una abertura llamada calada, por donde la arroja de un orillo a otro del tejido.

Las canillas de la trama se las prepara en el huso de hilar y esta tarea, por lo general, se la encomienda a uno de los niños de la casa. De esta manera se los comienza a entrenar en las diversas fases del proceso, lo cual se da en el seno de la propia familia.

La tela lista se la retira del telar y se la mide en espacios muy

amplios, generalmente en la calle, con la ayuda de una tira de madera o de un carrizo que casi siempre tiene dos metros de longitud. El rollo completo tiene 120 y 150 m. de tela.

La tela, ya lo dijimos, se la utiliza principalmente para exportar café y cacao, lo mismo que para comercializar productos agrícolas en el interior del país, como papas, zanahoria amarilla, etc. Para este fin se teje rala, pues permite una adecuada ventilación del contenido vegetal, lo cual no sucede con los sacos de polipropileno (conocidos vulgarmente como sacos de plástico), los que no son aceptados por los exportadores porque no conservan en condiciones adecuadas los productos.

La comercialización

Todo el proceso de comercialización de fibra o de productos elaborados con cabuya constituye una cadena de explotación al artesano que trabaja con ese material.

El que vende la fibra, en general, especula con los precios, expende material de mala calidad, con peso incompleto y con un

altísimo porcentaje de humedad.

El artesano dueño de taller, cuando por falta de recursos económicos no puede adquirir la fibra, la recibe del intermediario, quien posteriormente comprará su producción de hilos y tela, en los precios y condiciones que se le antojen. Así, mientras se puede comprar la fibra a un precio determinado en un depósito, el intermediario la entrega en los talleres a precios más altos y compra la tela al valor más bajo posible, descontando un porcentaje por su inversión en la materia prima que dio para que trabaje el taller.

Quien compra la tela, casi siempre se queja de que le entregaron una longitud menor de la convenida, lo cual hay que reponer en una próxima transacción. Igualmente, se lamenta de la poca demanda de sacos en los sitios de exportación (Guayaquil y Manta), argumento del que se vale para conseguir la tela a precios más bajos.

Existe un pequeño grupo de compradores de tela de cabuya,

son ellos los que controlan la comercialización de toda la producción de tela de la provincia de Imbabura. Estos intermediarios, en el caso de una mayor demanda de tela, logran ponerse de acuerdo entre ellos para beneficiarse de la situación, sin traspasar mayor utilidad a los artesanos.

Estos comerciantes de tela, sus socios o sus familiares, poseen máquinas para confeccionar los sacos en Guayaquil y Manta, conocen los canales de comercialización y, en general, tienen recursos económicos suficientes para comprar una gran cantidad de tela y guardarla para la temporada de cosechas, cuando aumenta la demanda y suben los precios.

Así se puede ver que el artesano, al depender de los intermediarios, es la parte más débil del largo proceso de producción y comercialización de tela de cabuya; esto explica, también las razones que tiene para abandonar su trabajo en la primera oportunidad y para que hoy exista un menor número de artesanos cabuyeros que en épocas anteriores. Cuando la situación cambia, por la mayor demanda de tela en la

temporada de cosechas, los dueños de los talleres vuelven a contratar a sus antiguos operarios, que trabajan hasta caer en una nueva desilusión por la falta de continuidad de la ocupación. Esto motiva, muchas veces, que los jóvenes vayan a buscar otras oportunidades de trabajo fuera de su comunidad o que incrementen el grupo de desempleados en varias ciudades del país. Solamente las personas de edad avanzada, por falta de otras oportunidades, se mantienen firmes en el oficio, aunque siempre lamentan no estar en condiciones para dedicarse a otras tareas.

La época de mayor demanda de tela de cabuya va de abril a octubre, que es la temporada de cosechas en la costa del país. Durante esos meses los talleres trabajan en horarios más largos de lo normal para cumplir los compromisos adquiridos, o contratan un mayor número de obreros, que pierden sus puestos de trabajo una vez que disminuyen los pedidos. En este tiempo los precios de la tela son más altos, pero también se incrementa el precio de la materia prima, por lo cual las utilidades se mantienen casi al mismo nivel que en el resto del año.

Los talleres que trabajan con cabuya no están en condiciones de cumplir lo que determinan las leyes laborales en cuanto a salarios o a prestaciones sociales, se paga - siempre- por la tarea realizada. En ningún caso los trabajadores son afiliados al Seguro Social, no gozan de vacaciones anuales ni de días festivos pagados, no reciben compensación por el costo de la vida, ni un salario más alto por trabajar horas extraordinarias, etc.

El oficio de hilador o tejedor de cabuya solo permite subsistir. Los ingresos para mantener a la familia se complementan cuando se cuenta con un pedazo de terreno, de donde se obtiene algún producto para la alimentación. Se puede manifestar, con seguridad, que estos artesanos textiles se sitúan entre los más pobres de la provincia, pues su condición no ha mejorado a pesar de los largos años de paciente y esforzado trabajo.

Aunque lo artesanos están conscientes de su excesiva dependencia con respecto a los intermediarios, no existe una determinación en firme para formar una organización que los proteja, pues

experiencias anteriores en ese sentido dejaron resultados negativos.

Los cabuyeros de San Roque y de Cahuasquí, hace algunos años se organizaron en cooperativas, que vendían directamente su producción en Manta, Guayaquil y a una organización del gobierno ecuatoriano que comercializa alimentos. Estas entidades se mantuvieron activas por un lapso muy corto, hasta el momento en que los intermediarios encontraron la forma de que los artesanos incumplieran sus compromisos y perdieron la posibilidad de trabajo independiente que anhelaban. De esta manera volvieron a trabajar para los intermediarios, que adoptaron actitudes revanchistas contra las personas que pertenecieron a la organización. Todo intento posterior de conformar una agrupación para protegerse de quienes se aprovechan de su esfuerzo, despierta el temor de que se repita la situación por la que pasaron años atrás.

En otros lugares de la provincia no hay experiencias en este tipo de organización, no solo porque cuentan con producciones

marginales o porque consideran que un posible fracaso en sus intenciones les harían perder su única fuente de trabajo.

Consideraciones finales

La producción de artículos elaborados con cabuya se mantiene igual que en la época colonial, cuando en los obrajes se elaboraba cuerdas, costales y alpargatas. Esta falta de diversificación en la producción, junto a otros factores como la existencia de nuevos materiales para la cordelería y el embalaje de productos agrícolas, así como la disminución en el uso de alpargatas de cabuya, ha puesto en una situación difícil a quienes se dedican al trabajo con esta materia prima. Se suma a este panorama la inestabilidad de los precios de los sacos de cabuya en el mercado y la extrema dependencia de una larga cadena de intermediación, de la que salen afectadas las partes más débiles de todo el proceso: los productores de fibras y los artesanos hiladores y tejedores.

Ante esto hay que establecer políticas que fijen objetivos de carácter general, como los siguientes:

- Realizar estudios para aumentar la eficiencia de los talleres artesanales, con el propósito de incrementar los ingresos económicos y mejorar el nivel de vida de los artesanos dedicados a esta actividad.

- Procurar que los artesanos cabuyeros tengan acceso a una adecuada asistencia técnica; a que reciban créditos oportunos y apoyo en los procesos de comercialización de sus productos.

- Fomentar la formación de pequeñas unidades productivas - micro empresas- que no necesitan de mayor inversión de capital para su funcionamiento.

- Orientar las actividades económicas hacia regiones de menor desarrollo, para contribuir a la creación de puestos de trabajo en los estratos sociales más pobres.

- Incentivar la organización de gremios para que participen en la búsqueda de soluciones a sus problemas comunes.

Aparte de la posibilidad de lograr los objetivos enunciados, hay que considerar la posibilidad de formar grupos de mujeres

campesinas a quienes se debería capacitar en la producción de diversos artículos, trabajados con fibra de color natural y tinturada, donde se impongan el buen gusto y la calidad estética. Para la comercialización existe el mercado adecuado, la feria de tejidos de Otavalo y las tiendas que venden "artículos folklóricos", en ésta y en otras ciudades del país. Entre los nuevos productos que se podrían elaborar están los siguientes:

- hamacas
- rodapiés y alfombras
- diferentes clases de bolsos, como las "shigras"
- cinturones
- mochilas
- calzado para dentro de casa
- sombreros
- individuales y posafuentes
- tapetes
- portamacetas
- adornos (figuras decorativas de pájaros, flores, mariposas, etc., que adornan cocinas, paredes y mesas)
- cestería (canastos, cestos, bandejas, fruterías, paneras, etc.)

Un asunto importante es encontrar los adecuados canales de comercialización de la tela de

cabuya, lo que se podría conseguir a través de organismos oficiales y de los exportadores de productos vegetales en los principales puertos del país (Guayaquil, Manta, Esmeraldas, Puerto Bolívar), con quienes los productores podrían negociar directamente.

La mecanización del proceso para trabajar con la cabuya, instalado maquinaria de la más avanzada tecnología, como sugieren algunos grupos de comerciantes, debe quedar totalmente descartada, porque no existen los recursos económicos para financiar una empresa de esa magnitud y, sobre todo, porque desplazaría a la mano de obra artesanal que al momento se encarga de esas tareas, lo que daría paso a una serie de graves problemas de orden social.

Bibliografía

- BALCAZAR Collo, Rafael
1974 *Artesanías, explotación indígena y desarrollo en la Guajira*. Artesanías de Colombia S.A., Bogotá.
- CATALA Roca, F.
1986 *Arte popular de América*. Editorial Blume, Barcelona
- COBA Robalino, José María
1929 *Monografía general del cantón*

Pillaro. Tip. de la Prensa Católica, Quito.

CONADE-Banco Central del Ecuador
1985 *Artesanía y modernización en el Ecuador*. Editorial Fraga, Quito.

ESPINOZA SORIANO, Waldemar
1988 *Los cayambes y carangués: siglos XV y XVI. El testimonio de la etnohistoria*. Colección Curiñán, Nº 4, 5 y 6, Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.

JARAMILLO CISNEROS, Hernán
1988 *Textiles y tintes*. Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares, Cuenca.

MAGRASSI, Guillermo E.
1977 *Artesanías de Colombia*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

NARANJO, Marcelo (Coordinador)
1989 *La cultura popular en el Ecuador: Imbabura*. Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares, Cuenca.

ONFFROY DE THORON, Enrique
1983 *América ecuatorial*. II parte, Colección Ecuador, Vol. 3,

Corporación Editora Nacional, Quito. (Orig. 1866).

ORTIZ Crespo, Fernando I.
1975 "La cabuya negra, *Agave americana*, en Ecuador y el Perú". En: *Revista de la Universidad Católica*, Año III, Nº8, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito.

PEREZ, Aquiles
1947 *Las mitas en la Real Audiencia de Quito*. Imp. del Ministerio del Tesoro, Quito.

RAMON, Galo
1987 *La resistencia andina: Cayambe 1500-1800*. Centro Andino de Acción Popular, Quito.

ULLMANN, Fritz
1953 *Enciclopedia de Química industrial*. Sección VII, Editorial Gustavo Gili, S.A. Barcelona.

VELASCO, Juan de
1977 *Historia del Reino de Quito en la América Meridional: Historia Natural*. Tomo I, Ed. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito. (Orig. 1789).